

2. Edición Concurso de Relato Corto "Yacullay: Sed de DerecH2Os". medicusmundi Araba.

# El agua del extranjero

**Nendo Dango (seudónimo)**

Allí fue donde me enseñaron lo del agua del extranjero; aquellas calabazas partidas ofrecidas a cualquiera que llegase de fuera, forastero o vecino, antes incluso que los saludos de rigor. Nada más valioso que un sorbo de agua clara para sofocar canículas y enjuagar gargantas polvorientas del camino. Y esa agua que se escurre cae en el suelo y va a esconderse entre lo más profundo de la tierra. Y nosotros sabemos bien cuánto nos costó encontrar tus pies mojados.

Los viernes llegaba un jaleo a contrarreloj: tocaba pagar a los obreros que cavaban el pozo a mano. La moneda local se devaluaba por minutos. El gobierno reinventaba su divisa cada vez que esta –insostenible- se desmoronaba: el billete más común, el de un millón, apenas servía para nada. Salíamos del banco con un carrito de supermercado lleno hasta la boca de fajos ennegrecidos de billetes manoseadísimos escoltados por dos tipos uniformados con fusiles recortados que, amablemente, nos ayudaban a cargar en el Land Rover aquellos mazos andrajosos de billetes atados con gomillas elásticas. Ese dinero carecía de valor si no se gastaba enseguida. La inflación lo corroía todo en horas: una fortuna por la mañana se desvanecía por la tarde. Los trabajadores se deshacían rápido de esa viruta pestosa que, de mano en mano, iba quemándole a todo el mundo. Cada cual salía corriendo a canjearlo por algún valor real: cajas de cerveza, sacos de cemento, maderas, hierros, arroz, maíz, saldar deudas o bebérselo en la cantina. Cualquier cosa tangible servía de moneda de cambio. Durante aquella guerra había mucho que celebrar: cada día vivido, cada día robado al destino. Una carambola de suerte traducida en supervivencia. Un milagro doméstico.

Quince años después, decido emprender un cómodo viaje a través de imágenes satélites. Sin duda la foto está tomada durante la estación de lluvias. Distingo una pequeña construcción a unos treinta metros al oeste de la escuela. El verdor estacional, las escorrentías de formas caprichosas y las marcas de los caminos tallan el paisaje: sendas venidas desde varias direcciones, convergentes

en un punto; veredas que me dicen que alguien las usa para ir en tu busca: un pozo mimado que conozco.

Al tiempo no reconoces el terreno, incluso no das con él. Mutaciones en los alrededores del brocal. Atracción de aliento. Acuarela remendada hasta hacerla irreconocible. En tus cercanías florecen huertos y cercados de animales, también emergen del barro nuevas viviendas. No es preciso preguntar cómo se llega a ti; los senderos son radiales con centro en el punto de vida: el mismo pozo. Las idas y venidas de las mujeres, con las cantaros vacías o llenas sobre la cabeza, indican el sentido a seguir del camino; también los rebaños inquietos sedientos o saciados y tranquilos. Paisaje transfigurado: los inquilinos lo han hecho suyo. Reconozco la copa del bello árbol aislado bajo el que Antoninho y sus hombres solían sestear cuando el sol se volvía impertinente.

Tierra adentro, retirado de la orilla, detrás del farallón de barranqueras infranqueables. Arropado por los tuyos, que en esta aldea sin nombre ya no hay quien no sea hijo tuyo. Noches apacibles susurrando el rezumar de tus paredes. Mañana volverás a encontrarte con la vida, dándole el pecho a esta humanidad que duerme a oscuras.